

La realidad y el deseo

Marruecos-España

Juan Mestre Alfonso



El Gran Visir, Sidi Ahmed El Ganmia, que por su arenga a la población de Tetuán, el 18 de julio de 1936, en la que identificaba la voluntad de Alá con la sublevación de Franco, recibió la primera Cruz Laureada de San Fernando otorgada en la guerra civil.

MARRUECOS ha sido una pieza clave y decisiva para la convulsiva historia del siglo XX español. Contrariamente a otros territorios bajo dominio español, que han incidido muy poco por no decir nada sobre la evolución de la sociedad española, y que hasta incluso han pasado desapercibidos para la opinión pública, tal como ha sido el caso del Sahara, que hasta el mismo momento del desenlace final, desgraciadamente, era un problema ignorado, o Guinea cuya problemática empieza a inquietar a los españoles muchos años después de que se convirtiera en un estado soberano, Marruecos ha sido una parte viva de la historia de España.

LA guerra del Rif fue el suceso más importante para España de todo el primer cuarto de este siglo. Allí se desangró una buena parte de la juventud española, y en el campo de batalla, los cuarteles o los casinos de la retaguardia, se fueron forjando los hombres y los nombres que marcarían los hitos más importantes de nuestra historia inmediata. Los sucesos de África, continente que para los españoles quedaba reducido a la pequeña franja de protectorado español, se reflejaban en la política nacional y dieron origen a acontecimientos como la Semana Trágica y El Barranco del Lobo. Annual o Monte Arruit fueron tragedias que aún pesan en el ánimo de los españoles, y cuya trascendencia, causas y orígenes todavía quieren ser ocultados por parte de la España oficial. La sublevación contra la República difícilmente se hubiera podido llevar a cabo sin Marruecos convertido en gigante círculo conspirativo, gran centro de reclutamiento y base legislativa. Durante décadas, las fuerzas armadas españolas no podían ser concebidas sin el llamado «ejército de África» que llegó a contar con 100.000 hombres. Marruecos fue una especie de Virreinato español, y de la Guerra Civil a esta parte el cargo de Alto Comisario era ocupado por el militar de más prestigio. Marroquí fue la guardia personal de Franco, y entre sus íntimos se encon-

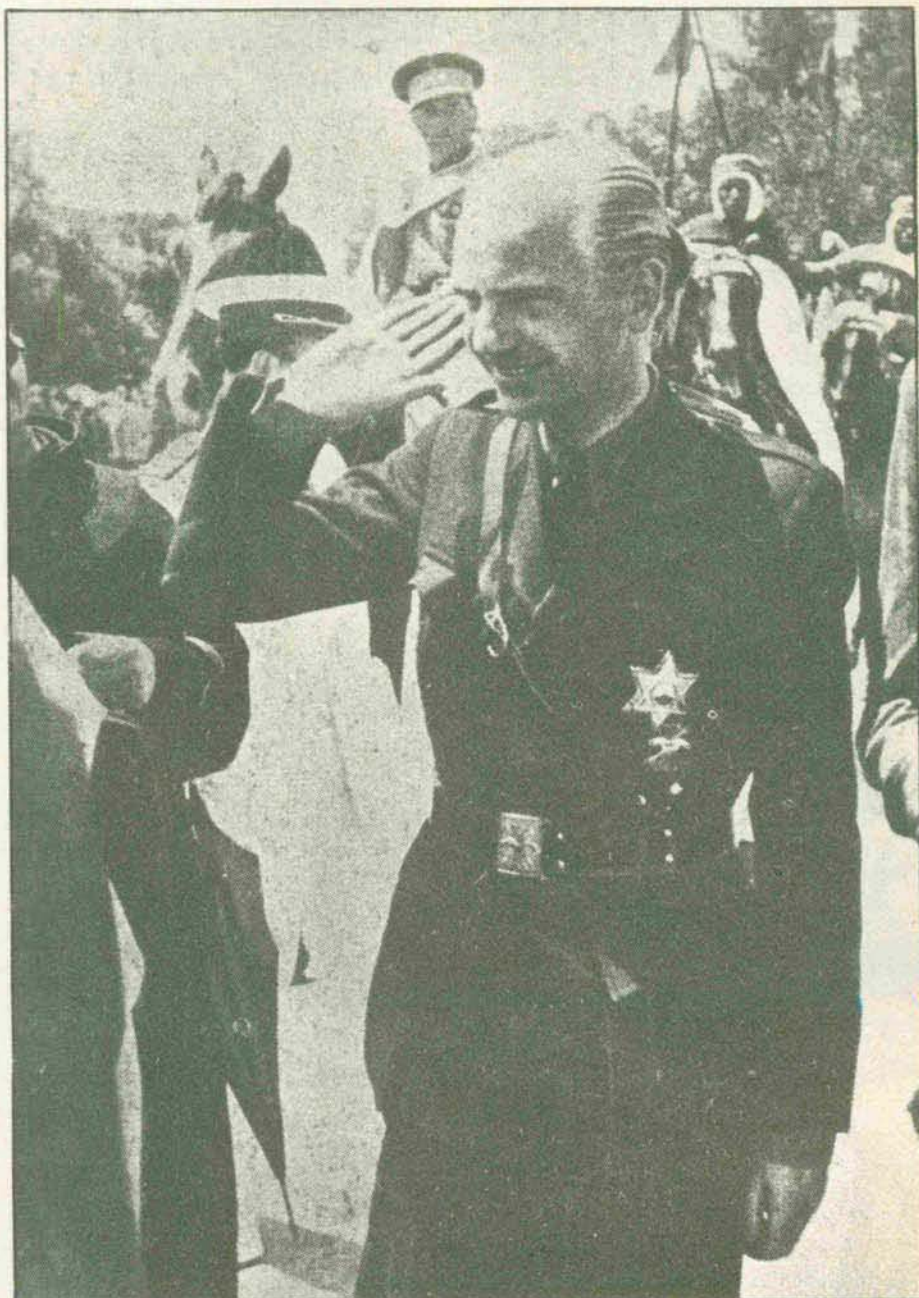
traba la máxima autoridad marroquí: el Jalifa. Por último, cabe señalar que Marruecos vino a ser otra provincia española más, en la que residían más de un cuarto de millón de españoles, a los que habían que agregar el numeroso contingente militar, cuya presencia, durante cerca de medio siglo, impregnó de un sabor español los centros urbanos marroquíes y contagió las tradiciones de la población aborigen.

REPRESION Y ENTENDIMIENTO

El paso de la dominación española a la Independencia, en Marruecos estuvo muy alejado de ser un lecho de rosas, la prueba de ello es que se necesitó una larga y cruenta guerra para someter a los marroquíes, y que la presencia española se manifestaba primordialmente por la existencia de un numeroso ejército de ocupación. Por mucho que posteriormente desde Madrid se quisiera olvidar, en aras a un entendimiento de las estructuras del poder hispano-marroquí, la verdad es que la dureza no se escatimó en los momentos en que los marroquíes contestaron el poder español. La proclamación de la República fue origen de huelgas y manifestaciones en Tetuán, ocasionaron varios muertos marroquíes y el que se llegara a emplazar piezas de artillería en la capital xerifiana. En 1933 el ejército «restablece el orden» en Alcazarquivir y Larache, y al año siguiente, durante las fiestas del Mulud, se producen un millar de detenciones. En 1935 se realizan fusilamientos públicos en Targuis. Y las jornadas de levantamiento militar contra la República conocieron momentos dolorosos para los marroquíes. El nuevo régimen, mucho más hábil y

conocedor de la idiosincrasia marroquí que el anterior, estableció relaciones cordiales con el pueblo forzosamente «protegido», lo cual no fue óbice para que en 1949 se produjeran manifestaciones en Tetuán. La prohibición en 1948 de la entrada en Marruecos de diversos nacionalistas que habían asistido por su cuenta a la Asamblea General de la O.N.U., donde presentaron diversas reivindicaciones, ocasionaron diversas «alteraciones del orden público» que costaron vidas humanas. Y los

meses anteriores a la independencia conocieron grandes manifestaciones y un estado de agitación, y el 6 de marzo, un mes y un día antes de que en Madrid Mohamed V consiguiera la Independencia para la zona norte, la represión causaría dos muertos. No obstante, esta situación fue incomparablemente más benigna que la imperante en el protectorado francés donde se pasó por un estado de rebelión y de guerra colonial, o que en la mayoría de los territorios que estuvieron sometidos



En la foto, Ramón Serrano Suñer, en la visita que hizo a Marruecos en julio de 1938, siendo ministro del interior de Franco.

de un modo u otro al colonialismo de cualquier otro país. Y, si se quiere, también se puede asegurar sin titubeos que los marroquíes en esa época y en lo que respecta a las «medidas de orden público» no estuvieron peor que los propios españoles.

El peso principal de la administración del protectorado estuvo en manos de militares, que constituían el colectivo profesional con más contacto y conocimiento de Marruecos y del marroquí, lo que ocasionó que su situación fuera muy concordante con la realidad del territorio y, a la postre, funcional con los fines perseguidos, estipulándose

una serie de medidas que evitaban la tensión y hasta, en ciertos niveles, procuraban que relaciones de origen antagónico se trastocaran en una auténtica y mutua colaboración. Así, el 75 por 100 de las plazas de la administración del Protectorado se reservaron a los marroquíes. Se permitieron partidos políticos como también la prensa nacionalista y tanto el Jalifa, como muchos otros jefes marroquíes gozaban de una consideración y prestigio en la propia España superiores a los de muchos ministros. La segregación nunca se practicó— otra cosa distinta es que hubiera sentimientos íntimos

de superioridad y de racismo en la mayoría de los españoles— desconociéndose el distanciamiento de comunidades, y siendo frecuente una auténtica confraternización desconocida en la zona de protectorado francés, como tampoco se dio la sistemática explotación de las gentes y de las tierras normal en todo territorio bajo dominación colonial y, por supuesto, implantado en el llamado «Marruecos francés» —aunque también hay que decir que la pobreza del «Marruecos español» no lo hacía muy susceptible de tal explotación.

MITOMANIA

La propaganda oficial, dominada por una buena dosis de mitomanía, fue sumamente proclive a una exaltación de la «amistad hispano-marroquí» siendo usual en muchos oficiales, designar a los que en realidad eran súbditos coloniales como «nuestros hermanos musulmanes».

«España que es el pueblo que siente, comprende y ama al marroquí... quiere sencillamente a Marruecos, poner en condiciones al pueblo hermano para que emprendan juntos un mismo camino... Ha bastado que la auténtica España despierte para que el Islam mire con atención y confianza su obra, para que los marroquíes vean en Franco al hombre de la hora, el recuerdo de la lucha contra los sin Dios... bajo cuya égida Marruecos comienza a recorrer, con paso firme, el camino de su unidad y de su grandeza, que le permitirán recobrar su personalidad histórica.» Tales y parecidas palabras eran el lenguaje usual en los discursos y declaraciones políticas de la época.

Aun cuando tal terminología fuera producto del irraciona-



S. A. I. El Jalifa, Príncipe Muley El Hasan. A quien la propaganda del Régimen cañificaba de «El Príncipe Amador de España» (En la imagen ostenta la gran cruz al mérito militar).

lismo político y tendencia al mito de nuestros dirigentes es una realidad histórica pues se ayudó bastante a Marruecos en su lucha por la Independencia, extremo que fue reconocido por el propio Alal-al-Fasi jefe y fundador del partido nacionalista Instiqlal. La libertad en la «zona española» fue total para los que huían de la represión francesa. Una delegación instalada en Madrid fue el instrumento que se utilizó para aprovisionarse de armas a través de otras embajadas árabes. La destitución de Mohamed V, ignominiosamente llevada a cabo por el Gobierno francés, no fue reconocida por el Gobierno español, que protestó airada y sinceramente con todos los medios a su alcance contra la arbitraria decisión. No faltaron tampoco altas autoridades españolas que consideraban que aún se podía y tenía que ir a más en ayuda de los nacionalistas marroquíes... En estas posturas había en algunos casos una actitud de animosidad contra Francia, pero en la mayoría de las ocasiones respondían a un deseo real de querer ayudar a los marroquíes, entre otras cosas debido a que su aportación al ejército nacional durante la guerra civil había sido considerable, y ello había dado origen a que se estrecharan los lazos con muchos militares. En cualquier caso, el tránsito a la Independencia se hizo sin los contratiempos habituales en otras partes.

INDEPENDENCIA SIN TRAUMAS

La impresión en los medios oficiales españoles es que su generosidad se vería reconocida. Se pensaba que la armonía continuaría y que Marruecos aceptaría los roles de hija pequeña de un padre amoroso, pero cuya autoridad, al



Palacio del Monte, en Tánger. En sus salones se celebró el 21 de marzo de 1941 una solemne recepción con asistencia del Jefe y el Alto Comisario de España, general Asensio, con motivo de la anexión de Tánger a la zona del Protectorado español en Marruecos.

menos moral, no se pondría en duda. Tampoco cabía la menor duda respecto a que las relaciones con España, país que había animado la Independencia y unidad de Marruecos, en lo que realmente fue un ejemplo de descolonización, serían por supuesto mejores que las que Marruecos sostendría con Francia, país del que los marroquíes habían tenido que sacudirse el yugo a costa de sangre y sufrimiento, y que a tantas humillaciones había sometido al Sultán.

La Independencia fue firmada por parte de España en abril

de 1956. En ese mismo acto y en Madrid, Mohamed V recibiría para Marruecos una buena cantidad de millones de pesetas que rápidamente convertiría en la moneda de sus antiguos carceleros, que era la que funcionaba en la mayor parte de Marruecos, creando a la débil España una pequeña crisis económica al entrar súbitamente tal cantidad de pesetas en el mercado internacional de divisas. Esta sería la primera dificultad de toda una serie, aún no interrumpida de dificultades, que España con su falta de realismo no había previsto y que sur-



Los generales Varela (Alto Comisario de España), Múgica y Galera en compañía del ministro de Justicia, en representación del Jajifa.

gieron a pesar de la buena voluntad de ambas partes.

MARRUECOS MEJOR SITUADO

Las relaciones de España con un Marruecos soberano e independiente se han caracterizado por la gran capacidad de diplomacia marroquí y por la «generosidad» española. Lo más normal es que los acuerdos suscritos por los dos países en la práctica se caracterizaran porque los derechos quedaban para Marruecos y las obligaciones para los españoles.

La declaración de la Independencia en un corto texto por el que sólo se pone punto final a la situación de dependencia, y la obligación por parte española de dar al Sultán las asistencias que fuesen reconocidas de común acuerdo. Es tal la insuficiencia que en ese mismo documento se prevé la necesidad de concluir nuevos acuerdos que resuelvan los asuntos pendientes.

El 7 de julio de 1957 se concluye un acuerdo por el que en el plazo de una semana se quitan las pesetas en circulación y son sustituidas por francos marroquíes (moneda situada en el área del franco francés).

Igualmente se acuerda la liquidación de las deudas debidas por Marruecos a España fijando su montante en una cantidad global. Con respecto a los bienes públicos ya se había llegado a un acuerdo anterior por el que España se comprometía a poner a disposición de Marruecos ese tipo de bienes. Un acuerdo particular fue suscrito con Electres-Marroquie siendo absorbida por el Office National de l'Electricité. Otras empresas españolas fueron expropiadas o absorbidas por instituciones marroquíes, lo que en buen número de veces fue una solución para las que no eran muy rentables. Un acuerdo judicial fue suscrito en 1957 sin que se fijara ningún derecho de extradición, lo que no ha sido óbice para que se entregara a los refugiados políticos marroquíes en España. En un acuerdo cultural España se comprometía a sostener los centros culturales y educacionales creados durante el protectorado y a abrir otros nuevos en Agadir, Fez, Casablanca y Rabat. Los aspectos relativos a la información, radiodifusión, televisión y telecomunicación y transportes aéreos fueron firmados en 1958, 1964 y 1970, siguiendo

la ya tradicional postura de que eran más las obligaciones que los derechos de la parte española. En turismo también se suscribió un convenio bilateral en el que España aportaba su experiencia en este campo a Marruecos. Las relaciones comerciales han sido siempre muy buenas y podrían haber resultado altamente favorables a España, si no hubiera sido por la competencia casi monopolística de Francia en su ex protectorado. La facilidad de transporte de los agríos al mercado común, en el que son competitivos con los españoles ha sido digna de tenerse en cuenta.

LOS PUNTOS CONFLICTIVOS

Los extremos anteriores fueron aquéllos en los que el entendimiento reinó constantemente. Sin embargo, ha habido otros aspectos en los que ha existido un contencioso: estacionamiento de fuerzas militares españolas, territorios irredentos, y problemas de los que los dos últimos aún no han recibido una solución definitiva.

La retirada de las fuerzas militares concluyó felizmente sin que generara ninguna ten-

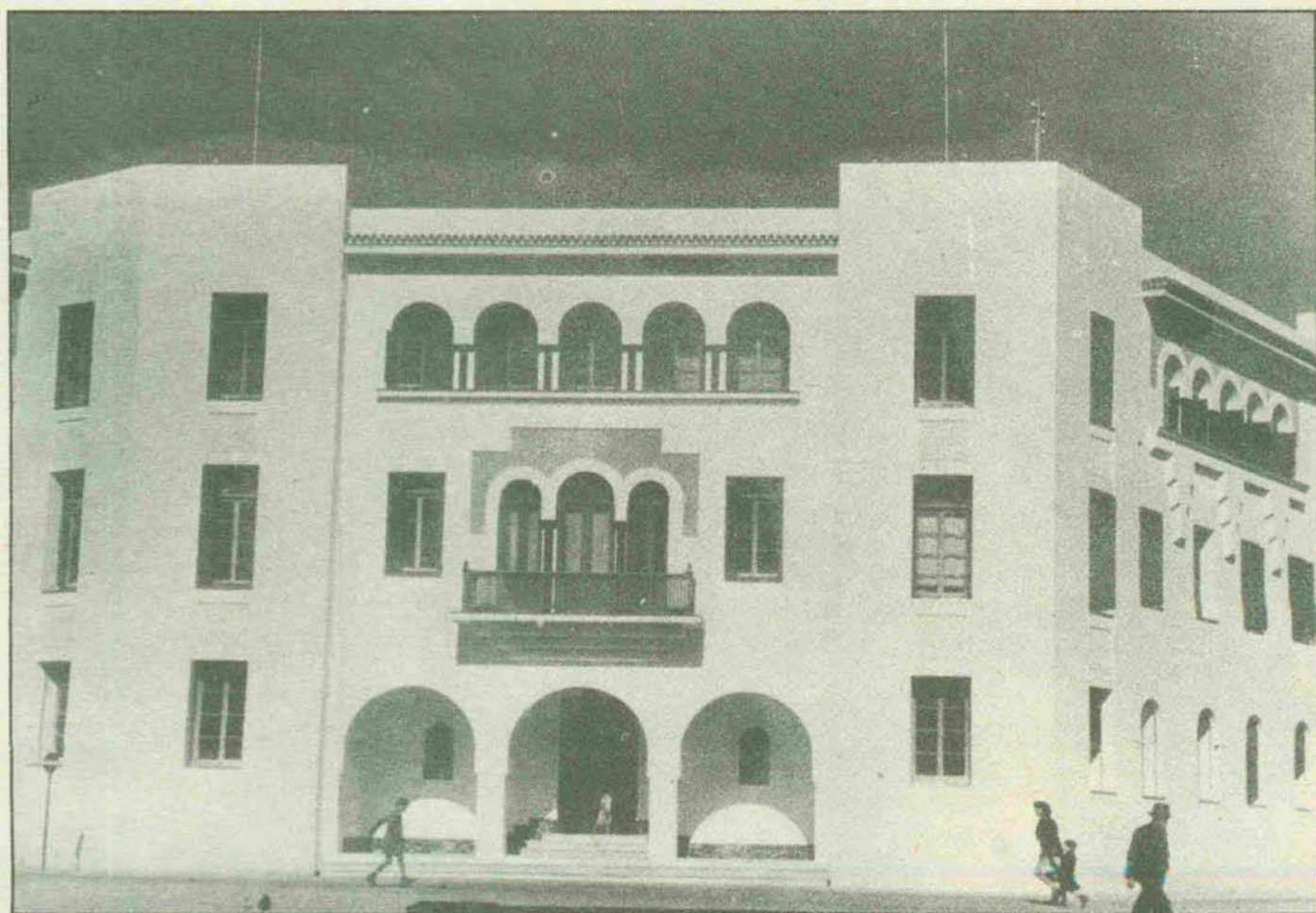
sión de tipo político. Las reivindicaciones territoriales ya fueron más delicadas. Cabo Juby, que jurídicamente era «zona Sur de Protectorado», fue abandonada precipitadamente en el momento en que Marruecos apremió con todos los medios a su alcance. Con Ifni fue todo mucho más delicado y desde el verano de 1957 hasta mediados 1958 allí, como en el Sahara, reinó un clima auténticamente bélico, teniendo el ejército español como contrincante al irregular Ejército de Liberación Nacional del Sur. La retirada de las fuerzas españolas (que conocieron muchas bajas), a Sidi Ifni y su aeropuerto con el consiguiente abandono del resto del territorio que fue ocupado por las Fuerzas Armadas Reales, sirvió de tregua durante unos años. En el Sahara, donde en una operación fue

casi aniquilada una compañía de la Legión, se necesitó una operación conjunta hispano-francesa para «pacificar» el territorio. En España se procuró que no abundara la información sobre esos incidentes, y en las Cortes el Ministerio del Ejército «informó» que los sucesos se habían debido a los **esfuerzos constantes de agentes comunistas para crear disturbios.**

En el área se producirán algunas tensiones y Marruecos constantemente lleva la reivindicación a las instancias internacionales. A su vez se sostuvieron a nivel de los dos jefes de estado conversaciones al respecto cuyos resultados fueron ignorados por el resto de los mortales. El problema de Ifni quedó definitivamente saldado con el Tratado de Retrocesión firmado en Fez en 1969, devolviendo España este pequeño territorio. Jun-

tamente con la retrocesión se intentaba dar soluciones al otro problema: el pesquero, y su resolución podía parecer una contrapartida a la devolución de Ifni.

Los problemas de la pesca intentaron reglamentarse desde el inicio de las relaciones entre los dos países como estados soberanos. En 1957 se firmó un convenio bilateral por el que ambos países podían pescar indistintamente en sus aguas respectivas. Obviamente el acuerdo beneficiaba a España, pero no fue ratificado por Marruecos, quien en 1962 decidió unilateralmente doblar la anchura de su mar territorial. Por el convenio de pesca firmado en Fez se resuelve reconocer el derecho de los dos países a faenar en sus aguas respectivas, aunque la validez quede limitada a diez años prorrogables, como en el acuerdo de 1957, España es



Tetuán: La Delegación de Hacienda de la Alta Comisaría de España en Marruecos, ejemplo de la Arquitectura colonial del Régimen, en Marruecos.

quien más podía beneficiarse de esa situación. Pero... el 20 de marzo de 1973 el gobierno de Rabat crea una zona de pesca exclusiva para sus nacionales de 70 millas de anchura. Los incidentes pesqueros continuarían formando parte de la crónica diaria.

De toda esta situación pasamos al contencioso del Sahara, cuyas consecuencias están aún hoy por ver, y cuyo resultado, de momento, ha seguido la misma tónica de las negociaciones anteriores, aunque en este caso dándose la circunstancia de salir mal parada la dignidad española y causando un impacto en la opinión pública desconocido en otras ocasiones, ya que lo que pasara en Marruecos no importaba para el resto de los españoles que no estuvieran directamente implicados.

De todas formas, es cierto que se evitó lo peor pero no ha desaparecido todo el peligro de que España y los españoles se vean implicados en futuras consecuencias derivadas de los acontecimientos que puedan originarse en relación con

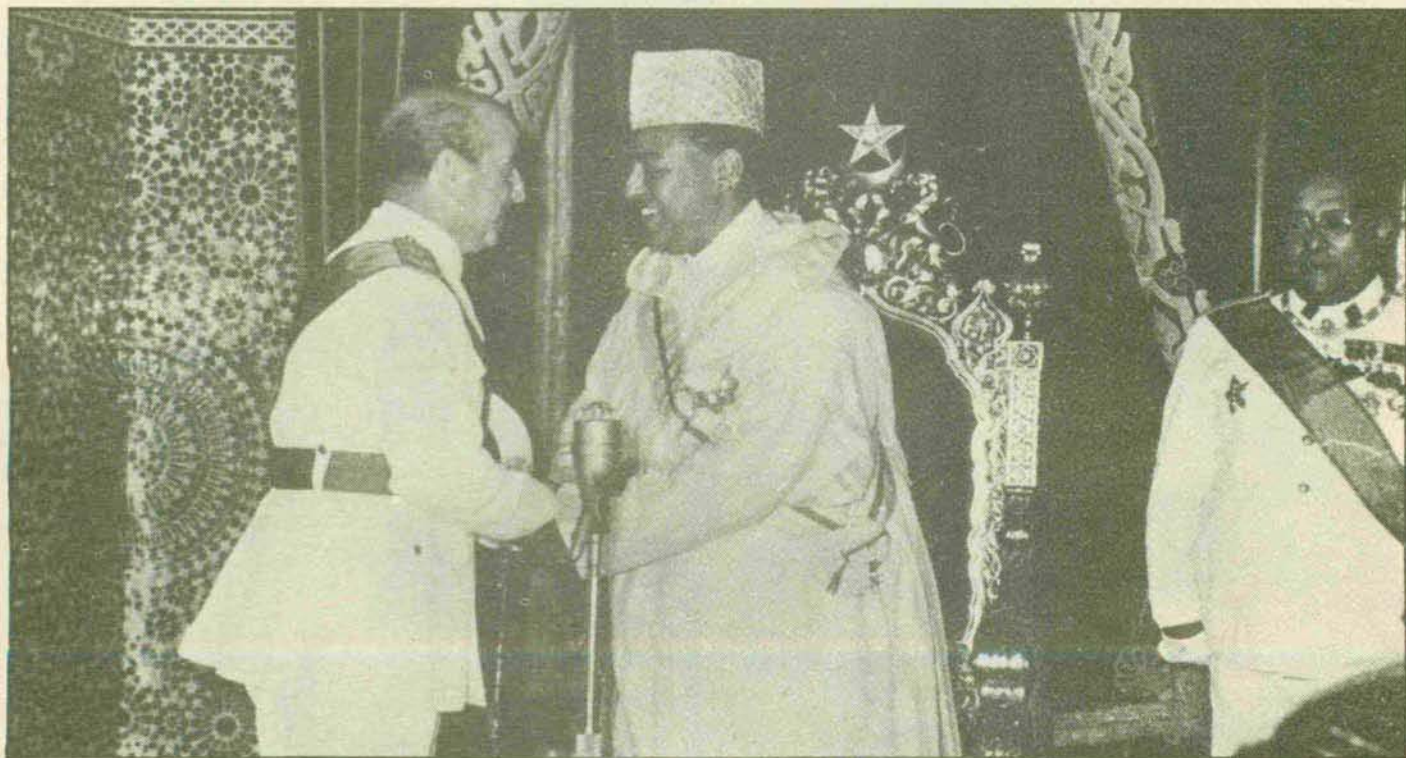
el Sahara. Por otro lado, aparte del problema pesquero, aún queda por resolverse la reivindicación de Ceuta y Melilla, a las que nunca renuncia el nacionalismo marroquí y sobre cuya reclamación ha vuelto recientemente Hassan II que en sus memorias dice esperar que el mismo sentido común que ha prevalecido en España para el asunto del Sahara prevalezca «para reconocer que Ceuta y Melilla son territorios marroquíes».

LA MARCHA DE LOS ESPAÑOLES

Los 250.000 españoles de Marruecos se han reducido actualmente al 10 por 100 de esa cantidad. Ciudades como Tánger, que ha llegado a albergar 60.000 españoles (contando registrados, trabajadores temporeros y exiliados políticos) no llega actualmente más que a una colonia de unos tres mil españoles. Larache o Tetuán, que eran inconcebibles sin su sustrato de vida española se han vaciado de este carácter, el aire andaluz de la primera, con su plaza similar

a la de Algeciras, o el corte administrativo de la antigua capital del territorio con sus edificios con el estilo arquitectónico del régimen español, resultan, exentos de la base humana hispánica, en anacronismo. En otras ciudades, como Xauen, es difícil encontrar un solo español.

El primer contingente que abandonó Marruecos fue el directamente relacionado con las muy numerosas fuerzas militares, las familias de los cuadros y oficialidad. La desaparición del ejército hizo que inmediatamente decayeran una serie de comercios y servicios cuya principal clientela eran las fuerzas armadas, y la marcha de sus integrantes fue casi una especie de retaguardia de la evacuación castrense. Un poco más tarde desaparecieron los funcionarios y sus familias. También en esa primera época, que abarca los tres primeros años de vida independiente, abandonaron Marruecos los recalcitrantes racistas que no podían soportar el hecho de estar gobernados por los que ellos conside-



La instantánea recoge al entonces Alto Comisario de España en Marruecos, teniente general García Vallño, cumplimentando a S.A.I. El Jallifa.

raban sus inferiores.

El traspaso de las grandes empresas supuso otra nueva emigración, como también la marroquización de las grandes propiedades agrarias. Contrariamente a la zona francesa, donde esta medida tuvo mucha importancia, en la «zona española» fue relativamente insignificante, afectando solamente a 21.747 Has. pertenecientes a sólo dos explotaciones: una de 1.747 Has. situada en Cabo Juby, y que se trataba de una experiencia de aclimatación de agriós en esa zona desértica; y otras 20.000 Has. pertenecientes a la Compañía Agrícola del Suckus, entre Larache y Alcazarquivir, empresa modelo desde muchos puntos de vista, cuya instalación antecedió al propio Protectorado español. Por otro lado, el dejar de ser Tánger zona internacional donde la vida era fácil supuso la marcha de varios miles de personas de su numerosa colonia. Todo esto ocasionó que se redujera la población española en más de la mitad al final de los diez años de independencia.

Ya más recientemente continuó el éxodo con los decretos de marroquización, por los que todas las empresas y comercios por pequeños que fueran tenían que pertenecer de un modo mayoritario a capital marroquí, como también la totalidad de las propiedades agrarias por pequeñas que éstas fueran. Igualmente se pusieron importantes restricciones de trabajo a los extranjeros. Estas medidas son explicables en el cuadro sociopolítico de Marruecos, y con ellas se pretendía favorecer al sector de la burguesía emergente y en segundo grado solucionar en lo que se pudiera, el acuciante problema social que afectaba al país. Por lo tanto, no se trató de una revancha nacionalista, ni de un



Un miembro de la Guardia Mora de Franco, al pie de la tribuna en que éste presenciaba, en compañía del soberano del Irak (año 1956), un «desfile de la victoria».



En la foto, Franco recibe al rey de Marruecos, Mohamed V, en 1958. En segundo término puede apreciarse al entonces príncipe heredero, hoy rey Hassan II.

deseo de perjudicar a los extranjeros allí residentes, sino de crear beneficios para los propios nacionales, o al menos para algunos de ellos. De todas formas, la situación se tornó insostenible para muchos españoles, viéndose forzados muy en su contra a abandonar un país en el que muchos de ellos se encontraban más a gusto que en su «madre patria».

El Gobierno francés ha presionado directamente sobre el marroquí para que la situación de los franceses afectados por la marroquización obtuviera las mejores soluciones posibles. Pero en el caso español, posiblemente por falta de capacidad de maniobra, el Gobierno ha seguido una política en la que ha considerado que lo más efectivo era evitar los problemas fomentando la

repatriación de los residentes españoles en Marruecos. Así comenzó una operación de repatriación asignando unas subvenciones que en la práctica resultan ridículas —una familia completa podría resultar con 30.000 pesetas incluyendo indemnización por gastos de traslado de inmobiliario.

Si observamos la curva de la marcha de esta repatriación se apreciará la existencia de dos crestas: una al principio de los dos años que ha durado y otra al final. El primer grupo estaba compuesto por los que **no aguantaban más** y el último por los que han querido **aguantar hasta el final**. Entre estos dos grupos han constituido cerca del 80 por 100 de los repatriados.

Por otro lado, se ha dado la circunstancia de que ha sido

muy frecuente el viaje de ida y vuelta. Bien sea porque lo único que se pretendía era beneficiarse de las pocas pesetas que recibían del consulado, o porque ha resultado que en España la vida era más difícil de lo que se esperaba.

También es posible que esa última «cresta» de la repatriación hubiera tenido otra razón de tipo psicológico motivada por los antagonismos hispano-marroquíes relacionados con el contencioso del Sahara: miedo.

La realidad es que en momento alguno, al menos en la zona Norte, ha habido el menor peligro para los españoles residentes. Mi propia experiencia, como los testimonios de otros españoles, incluidas las autoridades consulares, es de desconocimiento de cualquier incidente, incluyendo la menor frase o postura que indicara animosidad por este motivo procedente de personas individuales, ya tuvieran o no carácter oficial, y eso a pesar de la gran campaña de movilización para sensibilizar la opinión y a la población por la reivindicación del Sahara. Lo que no puede decirse en caso contrario, pues aunque de un modo esporádico y aislado sí ha habido atentados en España contra automóviles marroquíes, alguno de los cuales resultaba pertenecer a algún español. Es un caso mucho más treste el de la represalia contra los trabajadores marroquíes en España, que fueron objeto de persecución policiaca y muchos de ellos pasaron varios meses en la cárcel donde se les suministraban comidas con cerdo (prohibido por su religión) para acabar siendo expulsados de un modo ignominioso.

No obstante un sentimiento de pánico en unos casos, pocos, y en otros intranquilidad o incertidumbre, se apoderó

de muchos españoles que prefirieron poner el Estrecho de Gibraltar por medio, constituyendo el último éxodo que ha ocasionado que la colonia española en Marruecos quede reducida a 25.000 personas.

REPRESION DEL ESPAÑOL

Aparte de este éxodo hay otro que desde un punto de vista nacional puede tener más importancia quizás por ser ya irreversible: me refiero al de lo español. La cultura española se ha perdido en buena parte y, lo que es peor, lo poco que queda lleva camino de extinguirse. La causa de este, para los españoles, lamentable proceso está en dos hechos principales: mala o inadecuada gestión política cultural por parte de las autoridades españolas y, sobre todo, arrollador empuje de la cultura francesa en todo Marruecos, incluyendo el antiguo Protectorado español. Si bien la lengua española fue practicada y muy bien apren-

didada por muchos marroquíes, el factor principal para que esto sucediera fue el contacto directo entre marroquíes y españoles, entre los que no se dieron actitudes de segregación, aunque persistieran sentimientos racistas. Había distancia social entre estamentos sociales, pero también existía entre los propios españoles, como igualmente entre las diferentes capas sociales de los marroquíes. Pero entre elementos de estratos similares hispano-marroquíes se producía un frecuente contacto y amistad, cuyos vínculos aún perduran en muchas personas. Esto venía a ser una situación óptima para haber intentado que la cultura española echara mayores raíces, pero la incapacidad de una administración muy volcada al mito y poco realista frenó sus indudables buenas intenciones en este sentido. No se creó una élite vinculada a la cultura española. Algunos marroquíes estudiaron en España, pero la mayoría eran miembros de la alta clase ma-

rroquí, y se mantuvieron distantes del resto de la sociedad. Por increíble que parezca «la gran obra civilizadora de España en Marruecos» no llevó consigo la creación de ningún instituto de enseñanza media, y fue después, con la independencia, cuando se crearon los de Tetuán y Casablanca, al que hay que añadir el magnífico instituto politécnico de Tánger. En otros aspectos culturales, si tenemos en cuenta la dificultad y decrepita vida intelectual de la España de los años cuarenta y cincuenta, podemos hacernos una idea de lo que sería la promovida en el Protectorado.

En el momento de la independencia se pensó que el magnífico edificio y finca que lo contorna llamado «Palacio de España», situado en el paraje encantador del monte de Tánger, se pudiera convertir en una Universidad española, también se pensó en que España, a quien pertenecía, lo cediera a la UNESCO que podría o bien instalarse total o parcialmente allí, o que sir-



«... De todas formas, es cierto que se evitó lo peor pero no ha desaparecido todo el peligro de que España y los españoles se vean implicados en futuras consecuencias derivadas de los acontecimientos que puedan originarse en relación con el Sahara» (En la imagen, «marcha verde»).

viera de base a algún proyecto mediterráneo promovido por España. Sin embargo, el jefe del Estado español prefirió donárselo directamente al Rey de Marruecos, siendo hoy la residencia de la Reina Madre.

El proyecto de la Universidad de Tánger ha vuelto a pensarse sin que cuajara, a pesar de las esperanzas y de las necesidades de muchos marroquíes. Una Universidad creada por España en Marruecos, dotada de un carácter autónomo y que no fuera una empresa más de un imperialismo cultural (que entre otras

cosas, no es posible) ni de un paternalismo romántico, y orientada con un carácter predominantemente técnico, sería una obra bien productiva tanto para Marruecos como para España.

Si bien se dispuso que después de la independencia se mantendrían los centros culturales españoles y hasta se harían otros varios, la realidad es que ha habido un retroceso notable en este aspecto. El centro español de Arcila se convirtió durante unos años en un «casinillo» en el que bajo un gran retrato de Franco se podía consultar el Espasa», hasta

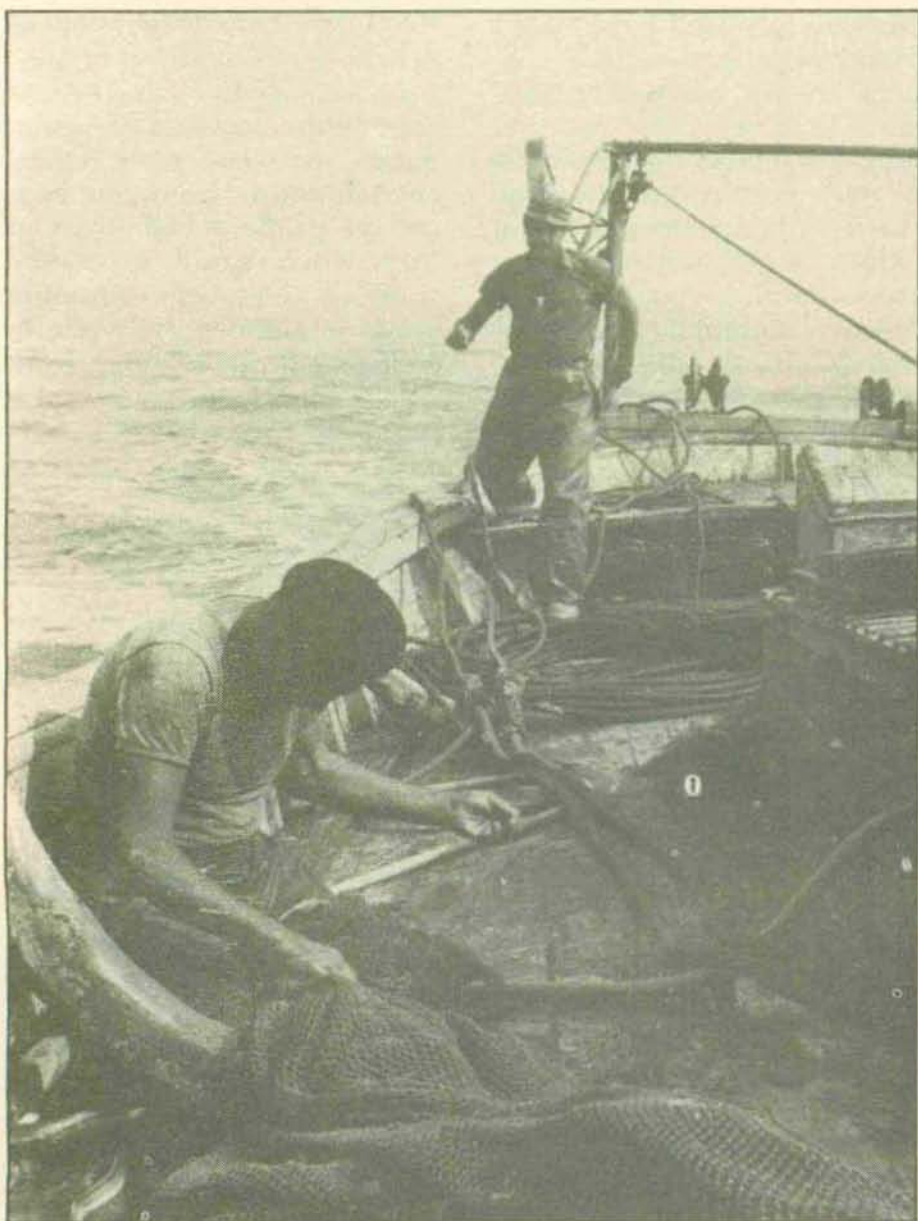
que hace unos pocos años ha desaparecido. El de Larache, la población más hispanizada y donde todavía hay una colonia de tres mil españoles, ha seguido la misma suerte.

La prensa española desapareció con el éxodo de los españoles, y no se pensó en una subvención oficial. La numerosa colonia sefardita tampoco recibió mucha atención, y hubiera sido una buena idea devolverles la nacionalidad española o tratar de hacer alguna doble nacionalidad, pero algunos prejuicios políticos lo impidieron.

Pero es más importante la competencia de la cultura francesa cuyo empuje (ayudado por la burguesía emigrante marroquí, anhelante del modo de vida francés) es irresistible. Pensemos que Francia envía anualmente varios miles de **cooperants** que sustituyen su servicio militar por desarrollar una actividad profesional en Marruecos.

Todo ello lleva consigo que actualmente se desprecie lo español y, en particular, se considere la lengua española como de muy poco estatus.

La idea de que el español —vehículo imprescindible para la subsistencia de **lo español**— subsistiera en Marruecos es ya imposible. Hay ciudades donde no se encuentra nadie joven que conozca nuestra lengua, y se dan situaciones que harían rechinar los dientes a los antiguos anhelantes del Imperio. Una autoridad consular me hizo notar que la mejor manera de obtener marroquíes hispanófilos era facilitarles el que pudieran integrarse de modo eficiente entre las élites de su país, para lo que había que promover su aptitud a la lengua francesa, por lo que él aconsejaba que en los centros culturales españoles se enseñara francés.



«... El 20 de marzo de 1973 el Gobierno de Rabat crea una zona de pesca exclusiva para sus nacionales de 70 millas de anchura. Los incidentes pesqueros continuarían formando parte de la crónica diaria.»



El rey Hassan II de Marruecos con los Reyes de España, en el curso de una reciente visita privada a Madrid.

BUENAS PERSPECTIVAS COMERCIALES

Otro aspecto interesante es el de las relaciones comerciales. En todo momento han sido buenas y generalmente favorables a los españoles, aunque la balanza se invertirá de ahora en adelante —ya se ha invertido— a causa de los fosfatos. La Cámara de Comercio de Tánger, hoy extendida también a Tetuán, data del último tercio del siglo pasado, es la tercera de más antigüedad de todas las españolas, y se complementa con la de Casablanca. Los trámites comerciales son los normales en cualquier país, y según se dice son más las dificultades que aparecen por parte española que por la marroquí. Sin embargo, son pocos los exportadores españoles que aprovechan un mercado cercano y que cuenta con ventajas, como el de una publicidad gratuita en la zona Norte gracias a la radio y a la T.V. españolas que allí se captan con toda facilidad. Es cierto que también se cuenta con la competencia francesa, pero de todas formas hay campos que no quedan cubiertos, además de contar

con las ventajas anteriores.

A raíz de los acuerdos de Madrid parece ser que el I.N.I. iba a llevar a cabo importantes inversiones en Marruecos, de todas formas tal tipo de política comercial se inscribe en un marco más bien político y dependerá de la trayectoria de las relaciones entre los dos países, que si bien se empujaron sensiblemente a raíz de la resolución, favorable a Marruecos, del asunto del Sahara, España todavía no se ha desligado de las consecuencias del modo y manera como llevó a cabo la descolonización, y como prueba ahí están los posibles reflejos en el archipiélago canario o la presente amenaza marroquí de descubrir los sobornos a personajes españoles implicados en esa descolonización, como represalia a la creciente simpatía de diversos sectores españoles hacia el Frente Polisario.

España y Marruecos se necesitan y no pueden ignorarse en modo alguno. Si muchos han sido los aciertos por parte española no menos han sido los desaciertos. Desgraciadamente los contenciosos no han

desaparecido, además de que formamos parte de la misma área geográfica y que el polvorín del Sahara puede implicarnos aunque sea de modo indirecto, queda el problema de la pesca, las prospecciones petrolíferas y, sobre todo, Ceuta y Melilla, a los que Marruecos no renuncia y cuya argumentación para la reivindicación es la misma que la reivindicación de España sobre Gibraltar. Todo ello hace que las tensiones puedan surgir en cualquier momento. Pero en cualquier caso, españoles y marroquíes deben buscar fórmulas de entendimiento y confraternización que estén por encima de cualquier régimen político o de cualquier acontecimiento internacional. El conocimiento mutuo y la amistad dentro de un marco de igualdad y exento de recelos y revanchismos, como también de paternalismos o falsos romanticismos filantrópicos, deben ser inicios de unos nuevos lazos de unión y solidaridad orientada al futuro y no encadenada a un pasado que no nos es grato, por motivar diferentes recuerdos, a ninguna de las dos partes. ■
J. M. A.